

Mi encuentro con Sartre

Edward Said

Edward Said es un reconocido intelectual palestino y catedrático de Literatura inglesa y comparada en la Universidad de Columbia, en Nueva York. Es autor de numerosas obras, entre las que se cuentan *Orientalismo* (Libertarias, Madrid, 1990) y *Cultura e imperialismo* (Anagrama, Barcelona, 1996). Su último libro publicado es *The end of the peace process. Oslo and after* (Granta, Londres, 2000). Este artículo apareció en la *London Review of Books*, 11/2000. (www.lrb.co.uk).

Antaño el intelectual más celebrado, Jean-Paul Sartre prácticamente había desaparecido, hasta hace muy poco, del panorama cultural. Había sido ya muy atacado por su «ceguera» respecto de los *gulags* soviéticos poco después de su muerte en 1980 e incluso su existencialismo humanista había sido ridiculizado por su optimismo, voluntarismo y escaso alcance. El conjunto de la trayectoria de Sartre ha sido considerada ofensiva tanto por los llamados Nuevos Filósofos, cuyos mediocres logros sólo podían suscitar alguna atracción por su ferviente anticomunismo, como por los posestructuralistas y postmodernistas quienes —con pocas excepciones— se han sumergido en un vacío narcisismo tecnológico que, desde luego, choca abruptamente con el populismo de Sartre y sus heroicas intervenciones políticas. La enorme irradiación de la obra de Sartre como novelista, ensayista, autor teatral, biógrafo, filósofo, intelectual político o activista comprometido parecía repeler a más gente que a la que atraía. De ser el más citado de los *maîtres penseurs* franceses pasó, en un lapso de unos veinte años, a ser el menos leído y el menos analizado. Sus valientes posiciones ante los conflictos de Argelia o Vietnam fueron olvidadas. También cayó en el olvido su labor en apoyo de los oprimidos, su curiosa aparición como maoísta radical en las manifestaciones estudiantiles de 1968 en París y su extraordinario nivel y distinción literaria (por los que obtuvo, y rechazó, el Premio Nobel de Literatura). Se había convertido en una denostada ex celebridad, salvo en el mundo angloamericano, donde nunca había sido tomado en serio como filósofo y siempre había sido visto, con harta condescendencia, como un novelista y memorialista bastante ocasional, insuficientemente anticomunista y no tan chic y convincente como (el mucho menos dotado) Camus.

Pero llegó el momento en que, como sucede con muchas cosas francesas, la moda empezó a cambiar, o al menos así lo pareció a distancia. Se publicaron numerosos libros sobre él y de nuevo (aunque tal vez fugazmente) volvió a ser objeto de conversación, si no exactamente de estudio y reflexión. Para mi generación había sido siempre uno de los grandes héroes intelectuales del siglo XX, un hombre cuya agudeza y grandes dotes intelectuales estaban al servicio de casi todas las causas progresistas de nuestra época. Pero no parecía ni infalible ni profético. Por el contrario, uno admiraba a Sartre por los esfuerzos que hacía para comprender situaciones y, llegado el caso, para solidarizarse con causas políticas. Nunca era desdeñoso o evasivo, aunque era dado al error y a la exageración. Casi todo lo que escribió es interesante por su audacia, por su libertad (incluyendo su libertad de ser retórico) y su generosidad de espíritu.

Hay una clara excepción a esto, que describiré aquí. Me mueven a hacerlo dos comentarios fascinantes, aunque desesperantes, sobre su visita a Egipto a principios de 1967 aparecidos el mes pasado en *Al-Ahram Weekly*. Uno de ellos se incluía en una reseña del reciente libro de Bernard-Henry Lévy sobre Sartre. El otro era una reseña del relato de esa visita por el ya fallecido Lofti al-Kholi (al-Kholi, un intelectual muy destacado, fue uno de los anfitriones egipcios de Sartre). Mi propia experiencia con Sartre, más bien olvidada, fue un episodio muy menor en una vida muy grande, pero vale la pena recordarla por las ironías que revela y por su carácter sintomático.

Era a principios de enero de 1979 y yo estaba en casa, en Nueva York, preparando mis clases. Sonó el timbre de la puerta y se me anunció la llegada de un telegrama. Cuando lo abrí pude leer con interés que procedía de París. «Está usted invitado por *Les Temps Modernes* a asistir a un seminario sobre la paz en Oriente Medio los días 13 y 14 de marzo de este año. Por favor, envíenos su respuesta. Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre.» Al principio pensé que el telegrama era una broma de alguien. Era como si hubiese recibido una invitación de Cosima y Richard Wagner a viajar a Bayreuth o de T. S. Eliot y Virginia Woolf a pasar una tarde en las oficinas del *Dial*. Me tomé un par de días para cerciorarme, a través de algunos amigos de Nueva York y de París, de la autenticidad del asunto y menos tiempo para notificar mi absoluta disponibilidad (después de ser informado de que *les modalités*, el eufemismo francés con que se alude a los gastos de viaje, correrían a cargo de *Les Temps Modernes*, la revista mensual fundada por Sartre en la postguerra). Unas semanas después partía hacia París.

Les Temps Modernes había tenido una enorme importancia en la vida intelectual francesa y, posteriormente, europea e incluso del Tercer Mundo. Sartre había agrupado en torno suyo a un conjunto muy notable de cerebros –no todos coincidentes con él– entre los que se encontraban Beauvoir, por supuesto, su gran oponente Raymond Aron, el eminente filósofo y compañero de la École Normale Maurice Merleau-Ponty (quien abandonaría la revista pocos años después) y Michel Leiris, etnógrafo, africanista y teórico de envergadura. No había cuestión de importancia que no fuera abordada por Sartre y su círculo, incluyendo la guerra árabe-israelí de 1967, que fue objeto de un número de monumental extensión de *Les Temps Modernes*, a su vez tema de un brillante ensayo a cargo de I. F. Stone. Sólo eso constituía un precedente de consideración para mi viaje a París.

Cuando llegué me encontré con una breve y misteriosa misiva de Sartre y Beauvoir esperándome en el hotel que había reservado en el Barrio Latino. «Por motivos de seguridad –decía el mensaje– las sesiones tendrán lugar en casa de Michel Foucault.» Se me comunicó debidamente la dirección y a la mañana siguiente acudí al piso de Foucault, donde ya se apiñaba un cierto número de personas –aunque no Sartre–. Nadie explicó los «motivos de seguridad» que habían motivado el cambio de planes, pero el resultado fue que un cierto aire conspirativo envolvió nuestros trabajos. Beauvoir estaba ya allí, con su famoso turbante, explicando a quien quisiera escucharla sus planes de viajar con Kate Millet a Teherán, donde iban a manifestarse contra el chador. La idea me dejó estupefacto, me pareció absurda y paternalista. Y aunque estaba ansioso de escuchar lo que Beauvoir tenía que decir, me dí cuenta también de su engreimiento y de lo alejada que estaba en ese momento de cualquier voluntad de debatir. Además, abandonó la reunión más o menos una hora después (justo antes de la llegada de Sartre) y ya no regresó.



Foucault me dejó claro enseguida que no tenía ninguna aportación que hacer al seminario y que se marcharía al poco, para cumplir con sus tareas diarias de investigación en la Biblioteca Nacional. Me agradó ver mi libro *Beginnings* en uno de los estantes, abarrotados con una masa pulcramente ordenada de materiales, entre los que había folletos y revistas. Aunque charlamos amigablemente, no fue hasta mucho más tarde (de hecho casi una década después de su muerte, acaecida en 1984) que pude hacerme una idea de por qué había sido tan relucante a decirme alguna cosa acerca de la política de Oriente Medio. En sus biografías de Foucault, tanto Didier Eribon como James Miller revelan que en 1967 el filósofo daba clases en Túnez y abandonó el país bastante precipitadamente poco después de la guerra de junio de ese año. Foucault dijo por entonces que la



Era como si hubiese recibido una invitación de Cosima y Richard Wagner o de T. S. Eliot y Virginia Woolf

razón por la que había dimitido era su horror ante los alborotos «antisemitas» contrarios a Israel de la época, corrientes en todas las ciudades árabes después de la gran derrota árabe. Un colega suyo del departamento de filosofía de la Universidad de Túnez me explicó una historia muy diferente a principios de los años noventa: Foucault, me dijo, había sido deportado debido a sus actividades homosexuales con jóvenes estudiantes. Ignoro aún cuál es la versión correcta. En la época del seminario de París me contó que acababa de regresar de una estancia en Irán como enviado especial del *Corriere della sera*. «Muy excitante, muy extraño, enloquecido», recuerdo que dijo acerca de aquellos primeros días de la Revolución Islámica. Creo (tal vez me equivoque) haberle oído decir que en Teherán se había disfrazado con una peluca; de todos modos, poco después de la aparición de sus artículos se distanció rápidamente de todo lo relacionado con Irán. Por lo demás, a finales de los ochenta, Gilles Deleuze me contó que Foucault y él, antaño íntimos amigos, habían discutido por la cuestión de Palestina: Foucault manifestaba su apoyo a Israel y él a los palestinos.

El piso de Foucault, aunque amplio y por supuesto muy confortable, era de tonos intensamente blancos y austero, muy apropiado para el filósofo solitario y pensador riguroso que parecía habitarlo sin otra compañía. Había allí unos cuantos palestinos y judíos israelíes. Entre ellos reconocí sólo a Ibrahim Dakkak, que ha llegado a ser un buen amigo de Jerusalén, a Nafed Nazzal, un profesor de Bir Zeit al que había conocido superficialmente en EEUU, y a Yehoshofat Harkabi, el más destacado experto israelí en «la mente árabe», un antiguo jefe de la inteligencia militar israelí destituido por Golda Meir por haber puesto equivocadamente en alerta al ejército. Tres años antes tanto él como yo habíamos sido *fellows* del Stanford Center for Advanced Study in the Behavioral Sciences, pero no habíamos mantenido una relación demasiado estrecha. Era siempre educado, pero escasamente cordial. En la época de París estaba en trance de cambiar de posición, para convertirse en el flagelo del *establishment* de Israel. Pronto hablaría abiertamente de la necesidad de un estado palestino, que consideraba una ventaja estratégica desde el punto de vista

de Israel. El resto de participantes eran predominantemente judíos israelíes o franceses, desde los muy religiosos hasta los muy laicos, aunque todos eran proisionistas de un modo u otro. Uno de ellos, Eli Ben Gal, parecía conocer a Sartre desde hacía mucho tiempo: después se nos dijo que había sido el guía de Sartre en su reciente viaje a Israel.

Cuando finalmente apareció el gran hombre, bastante después de la hora que se había dicho, me impresionó lo viejo y frágil que parecía. Me recuerdo presentándole, más bien innecesaria y tontamente, a Foucault y recuerdo también que Sartre estaba constantemente rodeado, apoyado y urgido por una pequeña cohorte de personas de las que dependía por completo. Estas personas, por su parte, habían hecho de él el asunto fundamental de su existencia. Una era su hija adoptiva que, como supe después, era su albacea literaria. Era de origen argelino. Otra era Pierre Victor, un antiguo maoísta y codirector con Sartre de la ya desaparecida *Gauche prolétarienne*, que se había convertido en un judío profundamente religioso y, suponía yo, ortodoxo; me dejó atónito saber luego por uno de los colaboradores de la revista que era un judío egipcio de nombre Benny Lévy, hermano de Adel Refat (nacido Lévy), uno de los integrantes de la pareja que se ocultaba tras el pseudónimo Mahmoud Hussein (el otro era un musulmán egipcio: los dos habían trabajado en la UNESCO y bajo el nombre de «Mahmoud Hussein» habían escrito *La lutte de classes en Egypte*, un estudio bien conocido publicado por Maspero). Victor no parecía tener nada de egipcio: más bien tenía toda la apariencia de un intelectual de la *Rive gauche*, a medias pensador y a medias activista. La tercera era Hélène von Bülow, una mujer trilingüe que trabajaba en la revista y traducía muchas cosas para Sartre. Aunque había vivido un tiempo en Alemania y había escrito no sólo sobre Heidegger, sino también sobre Faulkner y Dos Passos, Sartre no sabía ni alemán ni inglés. Von Bülow, una mujer amable y elegante, permaneció al lado de Sartre los dos días que duró el seminario, cuchicheándole traducciones simultáneas al oído. Salvo en el caso de un palestino de Viena que sólo hablaba árabe y alemán, nuestra discusión se realizó en inglés. Ignoro, y no creo que nunca llegue a saber, cuánto entendió realmente Sartre, pero fue (para mí y para otros) hartamente desconcertante que se mantuviese en silencio durante todo el primer día de sesiones. Michel Contat, biógrafo de Sartre, también estuvo presente, pero no intervino.

En lo que imaginé que era inherente al estilo francés, la comida –que en circunstancias normales nos habría ocupado una hora o así– fue un asunto bastante complicado que se llevó a cabo en un restaurante un tanto alejado del lugar donde nos reuníamos. Y dado que no paraba de llover, trasladar a todo el grupo en taxis, aposentarnos para una comida de cuatro platos, y luego regresar todos al mismo lugar, nos llevó unas tres horas y media. Así, el primer día nuestras discusiones sobre la «paz» duraron relativamente poco tiempo. Los temas eran planteados por Victor sin consultar con nadie más, hasta donde pude comprobar. Muy pronto me dí cuenta de que iba totalmente a la suya, gracias sin duda a su privilegiada relación con Sartre (con el que de vez en cuando tenía apartes en voz baja) y también a lo que me pareció una sublime confianza en sí mismo. Teníamos que discutir: 1) el valor del tratado de paz entre Egipto e Israel (era la época de Camp David); 2) la paz entre Israel y el mundo árabe en general; y 3) la cuestión más de fondo de la coexistencia futura de Israel y el mundo árabe circundante. Ninguno de los árabes parecía muy contento con esta propuesta. A mí me parecía que se saltaba olímpicamente la cuestión de los palestinos. Dakkak estaba incómodo con todo el planteamiento y abandonó la reunión después del primer día.

Pasado ese primer día poco a poco fui descubriendo que la celebración del seminario había estado precedida por intensas negociaciones y que fuese cual fuese la participación que hubiera allí del mundo árabe, había sido pactada, y por tanto reducida, en el curso de los estira y afloja previos. Me disgustaba sobremanera que nadie me hubiese puesto en antecedentes. Tal vez había sido demasiado ingenuo, había estado demasiado ansioso de ir a París y encontrarme con Sartre, reflexionaba. Se había anunciado la asistencia de Emmanuel Levinas, pero al igual que en el caso de algunos intelectuales egipcios cuya presencia también se había prometido, no hizo acto de presencia. Por otra parte, todas nuestras deliberaciones estaban siendo grabadas y serían posteriormente publicadas en un número especial de *Les Temps Modernes* (septiembre, 1979). Pensaba que todo eso dejaba mucho que desear. Estábamos cubriendo un terreno más o menos familiar, sin que se produjese un auténtico debate de ideas.

Beauvoir había sido una considerable decepción, con esa pose que culminó abandonando enfurruñada la habitación envuelta en una nube de parloteo sabihondo sobre el Islam y el velo de las mujeres. En aquella ocasión no lamenté su ausencia, pero después me convencí de que si se hubiese quedado habría contribuido a elevar el nivel. La presencia de Sartre, o lo que fuese, era extrañamente pasiva, no impresionaba, no transmitía afecto. Durante horas y horas no dijo absolutamente nada. Durante la comida estaba sentado justo enfrente de mí, mirando desconsolado; permaneció totalmente callado, el huevo y la mahonesa le resbalaban desventuradamente por la cara. Traté de entablar conversación con él, pero fue en vano. Puede que estuviera sordo, pero no estoy seguro. En cualquier caso, parecía una sombra de lo que había sido, con su proverbial fealdad, con su pipa y su atuendo inclasificable que le caía como esas prendas que quedan abandonadas en un perchero. En aquella época yo era muy activo en la política palestina: en 1977 había entrado a formar parte del Consejo Nacional y en mis frecuentes visitas a Beirut (era durante la guerra civil libanesa) para visitar a mi madre, me encontraba regularmente con Arafat y con la mayoría de los otros líderes del momento. Había pensado que sería un logro de mucha importancia conseguir de Sartre una declaración propalestina en aquel momento «caliente» de nuestra mortal rivalidad con Israel.

Después de la comida y de la sesión de la tarde tuve la seguridad de que Pierre Victor era una espeie de jefe de estación del seminario y uno de los trenes de la estación era el propio Sartre. Además de sus misteriosos apartes en la mesa, de vez en cuando él y Victor se ausentaban. Victor ayudaba a aquel hombre ya tan mayor y que caminaba arrastrando los pies, le hablaba rápidamente, asentía de vez en cuando inclinando una o dos veces la cabeza, y luego regresaban. Mientras tanto todos los participantes en el seminario querían hablar, haciendo imposible exponer una argumentación, aunque bien pronto había quedado claro que el auténtico tema de la reunión era la consolidación de Israel (lo que hoy se llama su «normalización»), no los árabes o los palestinos. Muchos árabes antes que yo dedicaron tiempo a tratar de convencer a algún intelectual inmensamente importante de la justicia de su causa en la esperanza de que se convirtiesen en otro Arnold Toynbee o Sean McBride. Pocas de esas grandes eminencias lo hizo. Sartre me había parecido merecedor del esfuerzo por la sencilla razón de que no podía olvidar su posición sobre Argelia, que como francés había debido ser mucho más difícil de mantener que una posición crítica hacia Israel. Por supuesto, me equivocaba.

Cuando se reanudaron las pesadas e improductivas discusiones, una y otra vez caía en la cuenta de que había ido a Francia a escuchar lo que Sartre tenía que decir, no a gente cuyas opi-

niones ya conocía y que no encontraba especialmente sugestivas. Por eso al poco de empezar la sesión de tarde interrumpí sin ningún recato la discusión y planteé que debíamos escuchar, sin más dilación, a Sartre. Eso causó consternación en el séquito. El seminario quedó interrumpido mientras se celebraban consultas urgentes entre ellos. La situación me pareció cómica y patética a un tiempo, especialmente porque no daba la impresión de que el propio Sartre participase en las deliberaciones. Al final se nos conminó a volver a la mesa por un visiblemente irritado Pierre Victor, que anunció con la prosapia de un senador romano: «*Demain Sartre parlera*». Y así nos retiramos llenos de expectación ante la sesión del día siguiente.

Sartre, ciertamente, tenía algo para nosotros: un texto preparado de unas dos páginas mecanografiadas –escribo fiándome por completo de mi recuerdo de algo que pasó hace veinte años– en el que se elogiaba el coraje de Anwar Sadat con los tópicos más banales que se pueda imaginar. No recuerdo que se dedicasen muchas palabras a los palestinos o al territorio o al trágico pasado. Desde luego, no había ninguna referencia al colonialismo de asentamiento israelí, similar en tantos aspectos al que los franceses practicaron en Argelia. Era tan informativo como un despacho de la agencia Reuters y, evidentemente, lo había escrito el egregio Victor a fin de sacar del apuro a Sartre, al que parecía controlar enteramente. Me sentí más bien anonadado al comprobar que este héroe intelectual había sucumbido en sus últimos años ante un mentor reaccionario como aquel y que, en lo relativo a Palestina, el militante de antaño a favor de los oprimidos no tenía nada que ofrecer salvo la alabanza más convencional y periodística del ya muy celebrado líder *egipcio*. En lo que restaba del día, Sartre volvió a su silencio y las sesiones continuaron como antes. Recordé una historia apócrifa según la cual veinte años antes Sartre había viajado a Roma para ver a Fanon (ya mortalmente enfermo de leucemia) y darle (se decía) un mítin de 16 horas seguidas sobre los dramas de Argelia, hasta que Simone le hizo desistir. Se había acabado para siempre *ese* Sartre.

Cuando se publicó pocos meses después la transcripción del seminario, la intervención de Sartre había sido extractada y convertida en algo incluso más inocuo. No puedo imaginar la razón, ni –por lo demás– pretendo averiguarlo. Aunque tengo todavía el número de *Les Temps Modernes* donde aparecemos todos, no me he sentido con ánimo de releer más de unas cuantas páginas sueltas, tan insípido y poco interesante me parece hoy todo aquello. Así que yo había ido a París en gran medida con el mismo espíritu que había inspirado la invitación a Sartre a visitar Egipto a encontrarse y hablar con intelectuales árabes y los resultados fueron exactamente los mismos, aunque mi propio encuentro se vio teñido, por no decir manchado, por la presencia de un repelente intermedio, Pierre Victor, quien desde entonces ha desaparecido en una bien merecida oscuridad. Me pareció entonces que me había tocado un papel similar al de Fabricio en pos de la Batalla de Waterloo, una búsqueda vana que me dejó decepcionado.

Y una cosa más. Hace pocas semanas pude casualmente ver una parte de *Bouillon de culture*, el programa semanal de debate de Bernard Pivot que emite la televisión francesa y que se difunde en EEUU poco tiempo después. El programa estaba dedicado a la gradual rehabilitación póstuma de Sartre frente a la crítica casi constante de sus pecados políticos. Bernard-Henry Lévy, lo más opuesto a Sartre en punto a talante intelectual y coraje político, estaba allí para promocionar su aquiescente estudio del viejo filósofo. (Confieso que no lo he leído, ni pienso hacerlo próximamente.) Realmente no era tan malo, decía, paternalista, B-HL. Después de todo, tenía cosas que eran ciertamente admirables y políticamente correctas. B-HL decía eso para equilibrar

lo que entendía que era una crítica bien fundada a Sartre (convertida en un mantra nauseabundo por Paul Johnson) por haberse equivocado siempre a propósito del comunismo. «Por ejemplo», salmodió B-HL, «la actitud de Sartre hacia Israel fue perfecta: nunca se desvió y apoyó completamente al estado judío.»

Por razones de las que aún no podemos estar seguros, Sartre se mantuvo, ciertamente, invariable en su prosionismo fundamental. Fuera porque temía parecer antisemita, porque tenía sentimientos de culpa ante el Holocausto, porque no se permitía un aprecio profundo de los palestinos como víctimas de y luchadores contra la injusticia de Israel, o por cualquier otra razón, es algo que nunca sabré. Todo lo que sé es que como hombre de edad ya avanzada era exactamente lo mismo que había sido cuando era algo más joven: una amarga decepción para cualquier árabe (no argelino) que le admirase. Ciertamente, Bertrand Russell era mejor que Sartre y en sus últimos años (aunque inspirado y, algunos dirían, totalmente manipulado por mi antiguo compañero de curso en Princeton y otrora amigo Ralph Schoemann) asumió realmente posiciones críticas con respecto a la política de Israel hacia los árabes. Imagino que deberíamos entender por qué los viejos grandes hombres están expuestos a sucumbir bien a las tretas de los más jóvenes, bien al dominio de una creencia política inalterable. Es una idea desesperante, pero es lo que sucedió con Sartre. Con la excepción de Argelia, la justicia de la causa árabe simplemente no le impresionó y para mí es imposible decir si fue enteramente debido a Israel o por una carencia básica de simpatía –cultural o tal vez religiosa. En esto fue muy distinto de su amigo y admirado Jean Genet, que celebró su extraña pasión por los palestinos con una prolongada estancia entre ellos y escribiendo, además, el extraordinario «Quatre Heures à Sabra et Chatila» y *Le Captif amoureux*.

Un año después de nuestro breve y decepcionante encuentro en París Sartre falleció. Recuerdo vívidamente lo mucho que lamenté su muerte.

■ Traducción de Gustau Muñoz



